

SAN FRANCISCO JAVIER

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

APÓSTOL DE LAS INDIAS



DÍA 3 DE DICIEMBRE

Por P. Juan Croisset, S.J.

San Francisco Javier, uno de los más magníficos ornamentos de su orden, gloria de su nación, taumaturgo de estos últimos tiempos, el apóstol de las Indias y del Japón, la admiración de todas las naciones, y el prodigio de su siglo, era navarro, y traía su origen de la sangre real de Navarra. Tuvo por padre á D. Juan Jaso, señor de mérito que tenía una de las primeras plazas del Consejo de Estado en el reinado de Juan el III. Su madre María Alpizcueta Javier, una de las señoras más cabales y perfectas de su tiempo era la heredera de estas dos familias, ambas de las más ilustres del reino. Nuestro Santo, el menor de sus hermanos, nació el día 7 de Abril del año de 1506 en el castillo de Javier, que está al pie de los Pirineos.

El Señor, que le escogió para resucitar en estos últimos tiempos todas las maravillas de los primeros apóstoles, le dió todas las cualidades naturales que

piden las funciones del apostolado. Apenas estuvo en edad de aprender, cuando, dejando á sus hermanos la profesión de las armas y declarando su inclinación á las letras, le pusieron á estudiar. Los pasmosos progresos que hizo en pocos años obligaron á su padre á enviarle á la Universidad de París, que era entonces la academia de toda la nobleza de Europa. La penetración de su espíritu y su aplicación al estudio le hicieron bien pronto hábil en las

ciencias mayores; fué graduado de maestro en artes; y á los veinticinco años de edad enseñó con mucho lucimiento la filosofía. Las alabanzas que todo el mundo le daba lisonjeaban demasiado su inclinación. En esta alta reputación se hallaba Javier en la Universidad de Paris cuando San Ignacio fué á continuar en ella sus estudios. El Santo fundador de la Compañía de Jesús, ilustrado con luz sobrenatural, descubrió los grandes designios que tenía Dios sobre este joven maestro en artes, y así se aplicó á conquistarle, para lo cual comenzó alabando los raros talentos que le había dado la naturaleza. Habiendo faltado el dinero á Javier, le asistió Ignacio liberalmente. Uno de los mayores servicios que le hizo fué el preservarle de los errores de los luteranos, que los emisarios del partido procuraban inspirarle habiéndole preservado San Ignacio del error, determinó no omitir diligencia alguna para ganarle para Dios. Habiéndole encontrado un día más dócil , le habló con tanta energía de las grandes verdades de la religión, que, penetrado Javier del amor de las cosas celestiales y de la nada de las grandezas humanas, hizo firme propósito de pensar seriamente en su salvación, poniéndose para esto bajo la dirección de San Ignacio.

Habiendo hecho sus votos en Montmartre el día de la Asunción de Nuestra Señora, el año 1534, con los otros ocho compañeros que el santo fundador se habia asociado, partió con ellos para Italia: en este viaje fué cuando, habiéndose atado nuestro Santo los brazos y las

piernas con unos cordeles delgados para castigar no sé qué complacencia que había tenido de saltar y bailar mejor que los otros jóvenes de su edad, estuvo á pique de perder la vida; porque habiendo el movimiento hecho entrar las cuerdas tan adentro en la carne, que ya casi no se veían, los cirujanos hicieron juicio que el mal era incurable. En este conflicto recurrieron á Dios sus compañeros; y al despertar Javier por la mañana se halló con las cuerdas caídas, y él perfectamente sano. Habiendo llegado á Venecia con el designio de hacer el viaje de la Tierra Santa, repartieron entre si todas las obras de misericordia de la ciudad: el hospital de las incurables tocó á Javier, el que, olvidando su calidad y su delicadeza, no hubo oficio bajo ni desagradable que no ejerciese. Uno de los enfermos que habia en él tenía una úlcera que no se podía ver sin horror, y la hediondez que despedía de sí era todavía más insoportable que la vista: nadie se atrevía á llegarse á este miserable, y Javier mismo sintió mucha repugnancia en servirle. Pero, avergonzándose de su repugnancia natural, se fué corriendo al enfermo, le abrazó, puso su boca sobre la úlcera que le había hecho estremecer, y le chupó la podre. Una victoria tan generosa le libró para siempre de su delicadeza; tanto importa vencerse bien de una vez.

Habiendo empleado dos meses en estos ejercicios de caridad, y viendo que era imposible hacer el viaje de Jerusalén, se fué á Roma, en donde recibió los sagrados órdenes. Se preparó para su primera Misa con un retiro de cuarenta días, y la dijo en Vicenza, con tal abundancia de lágrimas, que los que la oyeron no pudieron contener las suyas. Su vida austera y laboriosa alteró su salud tan notablemente, que cayó enfermo y fué preciso llevarlo al hospital. El gozo que tuvo de verse confundido con los pobres, y una visión de San - Jerónimo, de quien era muy devoto, le consolaron tanto, que no tardó mucho en curar. Habiendo pasado el invierno en Bolonia, hizo allí infinitos bienes. Mas, habiendo sido aprobada la Compañía por el

papa Paulo III el año de 1540, y erigida en Orden religiosa, fué Javier llamado á Roma, en donde predicó en la iglesia de San Lorenzo in Damaso con tanto fruto, que se le miraba ya como al apóstol de Italia, cuando Juan III, rey de Portugal, informado de los bienes extraordinarios que hacía ya este nuevo instituto, pidió al Papa algunos de los hombres apostólicos que le componían, para enviarlos á las Indias. El soberano pontífice mandó á San Ignacio que escogiera dos de sus hijos para esta misión. El Santo nombró al punto á los Padres Simón Rodríguez, portugués, y Nicolás Bobadilla español. El primero estaba ocupado en Sena, y el otro en el reino de Nápoles, ejecutando algunos encargos del Santo Padre: al llegar á Roma el P. Bobadilla, cayó gravemente enfermo. Viendo San Ignacio que no estaba en estado de ponerse en camino, recurrió á la oración, suplicó al Señor que le diera á conocer quién era el que tenía destinado para las Indias: un rayo celestial le ilustró desde luego, y le dió á conocer que Javier era este vaso de elección. Habiéndole llamado, le dijo : Javier, yo había nombrado á Bobadilla para las Indias; mas el Cielo os nombra á vos hoy, y yo os lo anuncio de parte del vicario de Jesucristo: recibid el empleo con que os honra Su Santidad por mi boca.

Javier partió de Roma, recibida que fué la bendición del Papa, el día 5 de Marzo del año 1540, sin otro equipaje que un breviario. Como la ternura y la confianza en la santísima Virgen fué siempre la principal devoción de nuestro Santo, quiso tener el consuelo de pasar por Loreto para consagrarse de nuevo á la Madre de Dios, y recomendarla su misión. Tardó tres meses en su viaje de Roma á Lisboa, y no hubo día en que no se señalase con alguna acción particular la caridad, la humildad y el celo de Javier. Pasó por junto al castillo de Javier, pero no fué posible persuadirle á que fuese á des pedirse de su madre. Habiendo llegado á Lisboa, no tomó otro alojamiento que el hospital. El Rey le llamó á la corte, y

le recibió con la mayor veneración y respeto; aunque se le dispuso una posada, no pudo resolverse á dejar el hospital, ni dejar de vivir de limosna. Al irse á embarcar, le envió el Rey cuatro breves del Papa; en dos le nombraba el Soberano Pontífice Nuncio Apostólico, y le daba poderes amplísimos para extender y conservar la fe en todo el Oriente : en los otros dos le recomendaba Su Santidad á los gobernadores de las islas. El día 7 de Abril de 1541 partió de la bahía de Lisboa con el P. Paulo de Camerín, italiano, y con el P. Mansilla, portugués. El viaje fué largo, pero fué todo él una misión apostólica. Se contaban más de novecientos hombres en el bajel, y se puede decir que fueron otras tantas conquistas que hizo su celo para Jesucristo.

Los fríos insoportables de Cabo Verde y los calores excesivos de la Guinea, con el agua y las viandas que se corrompieron bajo de la línea, causaron enfermedades muy peligrosas en la embarcación, las que al poco tiempo se hicieron contagiosas. Entonces fué cuando la caridad heroica de nuestro Santo se manifestó más: enjugaba á los enfermos sus sudores, limpiaba sus úlceras, lavaba las vendas y los paños y les hacía todos los servicios, aun los más viles y despreciables; pero sobre todo cuidaba de sus conciencias, y su principal ocupación era disponerlos á morir cristianamente. Lo más de admirar es, que hacía todo esto estando incomodado de continuos vómitos.

Habiéndose visto obligada á invernar en Mozambique la flota de Sousa, desembarcaron todos los enfermos y los llevaron al hospital. Javier, con, sus dos, compañeros, los siguió; y, aunque pasaban de ochocientos, se empeñó en servirlos á todos; y, estando él más enfermo que muchos de aquellos á quienes servía, le veían en los más fuertes accesos de su fiebre asistir á los enfermos y á los moribundos, y hacer admirar en todas partes los milagros de su celo. Después de seis meses de

detención y de trabajos, aportó á Melinda, sobre la costa de África. La desgracia de los habitantes , que todos eran mahometanos, le enterneció y se resolvió á permanecer allí lo más que pudiese para trabajar en la conversión de aquellos bárbaros; pero le fué preciso partir con el galeón, el que en pocos días llegó á Goa, trece meses después que partieron de Lisboa.

Todavía se acordaban en aquella ciudad de la profecía del Santo, hombre Pedro de Covillán, religioso trinitario martirizado por los indios el año de 1497, cuarenta y tres años antes del nacimiento de la Compañía de Jesús; el cual, traspasado todo de flechas, cuando derramaba su sangre por Jesucristo, pronunció distintamente estas palabras: Dentro de pocos años nacerá en la Iglesia de Dios una nueva religión de clérigos, que llevará el nombre de Jesús; y uno de sus primeros Padres, conducido por el Espíritu Santo, penetrará hasta los rincones más distantes de las Indias Orientales, cuya mayor parte abrazará la fe ortodoxa por el ministerio de este predicador evangélico.

Luego que Javier salió del navío, fué á alojarse en el hospital, á pesar de la resistencia y de los ruegos del virrey; pero no quiso comenzar las funciones de misionero sin haberse presentado antes al obispo y pedirle su beneplácito. Era entonces obispo de Goa D. Juan de Alburquerque, religioso de San Francisco, uno de los más virtuosos prelados de la Iglesia.

Los descubridores de las Indias Orientales habían hecho renacer el Cristianismo en algunos parajes; pero ya no quedaba rastro alguno : en todas partes reinaba la idolatría y el mahometanismo; tanto, que hasta los mismos portugueses vivían más como idólatras que como cristianos. Mas, apenas se dejó ver este nuevo apóstol, cuando aquella viña inculta vino á ser la porción más florida de la Iglesia. Sus predicaciones acabaron de

hacer la reforma de las costumbres: los pecadores más escandalosos, penetrados del horror de sus delitos, se confesaron los primeros.

Después de convertida Goa dijeron á Javier que en la costa de la Pesquería había un gran número de pescadores, llamados páravas, que habían sido bautizados en otro tiempo, pero que ya no tenían de cristianos sino el bautismo. No fué menester más para inflamar el celo del Santo, el cual sin detenerse pasó allá y, luego que hubo llegado, supo que en una de aquellas chozas había una mujer que, después de tres días de dolores vehementísimos de parto, no podía dar á luz la criatura. Acude el Santo á este riesgo, instruye á aquella pobre india en los misterios de nuestra religión, la convierte, la bautiza y al instante pare felizmente, y se halla perfectamente sana: un milagro tan visible llena la cabaña de espanto y de alegría; toda la familia se convierte, y dentro de pocos días siguen su ejemplo toda la aldea y casi toda la costa de la Pesquería, en donde bautizó un tan gran número de páravas, que escribió de su puño á los Padres de Roma que, de tanto bautizar, ya no podía levantar el brazo, y que veía renovarse todos los días en aquel país los prodigios de la primitiva Iglesia. En su vuelta á Goa fundó el Seminario de Santa Fe, que vino á ser muy en breve un plantel de celosos misioneros. Pasó al reino de Travancor, donde predicó la fe, y en menos de un mes bautizó por su mano diez mil idólatras. Le comunicó Dios el don de lenguas ; y, lo que no se había visto desde los apóstoles en aquellas tierras, hablando una sola lengua á muchos millares de pueblos, todos diferentes, todos le entendían, creyendo cada uno que hablaba en su propia lengua.

Viendo los brahmanes abandonado el culto de las pagodas, determinaron matarle; pero Dios le conservó de un nublado de flechas, de las que una sola bastaba para quitarle la vida. Entraron los badajes armados en el reino

de Travancor, resueltos á llevarlo todo á fuego y sangre; su ejército era muy numeroso; corrió hacia ellos San Javier con un crucifijo en la mano, y, luego que estuvo en paraje en que pudiera ser oído, les gritó: «Yo os prohíbo, en el nombre de Dios vivo, pasar más adelante, y os mando de su parte que volváis atrás». Lo mismo fué decir estas palabras, que aquella inundación de bárbaros, sobrecogidos de un terror pánico, echaron á huir con el mayor desorden.

La reputación del nuevo apóstol no estuvo encerrada en los límites del reino de Travancor, sino que se extendió á todas las Indias. Los habitantes de la isla de Manar le pidieron que fuese á instruirlos; les envió misioneros, y se convirtió toda la isla. Siendo cada día más abundante la mies, llevó Javier la luz del Evangelio de isla en isla, de reino en reino, hasta las últimas extremidades de Oriente; y habiendo ido á Meliapor, donde está el sepulcro de Santo Tomás, hizo prodigiosas conversiones. Llega el santo apóstol á Malaca, para pasar de allí á Macasar; predica, confiesa y convierte á una infinidad de facinerosos y de pecadores; bautiza á muchos idólatras mahometanos y judíos, y, entré otros, á un famoso rabino, que abjuró públicamente el judaísmo. En ninguna parte hizo el Santo tantos milagros como en Malaca; con sólo tocar su sotana, besar sus manos ó recibir su bendición, quedaban curadas repentinamente toda suerte de enfermedades.

No, hallando el santo apóstol descanso sino en sus trabajos, va á Amboyna, donde predica la fe á los paganos, y casi toda la isla se hace cristiana. Recorriendo las islas vecinas, se consternan los del bajel á vista de una furiosa tempestad; saca Javier de su pecho un pequeño crucifijo que llevaba siempre consigo, y, queriendo tocar con él, la mar, se le escapa de la mano y se le llevan las ondas : esta pérdida le aflige; pero veinticuatro horas después, habiendo abordado á la isla

de Baranura, se vió asomar un cangrejo que llevaba en sus uñas al mismo crucifijo, y que venía derecho á la ribera á entregársele al Padre. De Baranura pasa á la isla de Ulate, encuentra á su rey sitiado en la capital, y á punto de entregarse al ejército enemigo por la falta de agua; el Santo solicita hablarle, y le pide licencia para plantar una cruz, ofreciéndose á darle agua con abundancia si le da palabra de hacerse cristiano con todo su pueblo. El príncipe viene en ello, y apenas se plantó la cruz cuando una lluvia abundante proveyó á la necesidad y obligó al enemigo á levantar el sitio. El Rey, en cumplimiento de su palabra, recibió el bautismo de mano del Santo, con todo su pueblo; y, después de haber convertido algunos otros reinos vecinos, parte á las Molucas. Recorre rápidamente las islas de Ternate, de Tidore de Motir, de Machán y de Bacán; predica, convierte y hace triunfar la fe de Jesucristo en todos estos parajes, que no habían tenido jamás la dicha de que llegase á ellos ningún apóstol. Habiendo recibido de Europa un nuevo refuerzo de misioneros, emprende la conversión de todo el Oriente. Intentan impedirle el viaje á la isla de Moro, por ser el país más bárbaro y más terrible. Basta que haya en ella almas rescatadas con la sangre de Jesucristo; para que Javier no halle ni peligro ni obstáculos; se mete en la isla, anuncia la fe á sus habitantes, los suaviza, los instruye, los convierte; y estos pueblos bárbaros y crueles vienen á ser una de las porciones más bellas de la Iglesia del Nuevo Mundo.

Convierte y bautiza en Ternate á casi toda la familia real; hace otro tanto en la isla de Ceilán, en los reinos de Candi, de Jafanapatán, en las Molucas y en todas las islas que hay alrededor de Macasar; y, haciendo conversiones y milagros en todos los países, viene á ser él mismo el mayor de todos los milagros. El año de 1547, los acheneses, enemigos mortales de los cristianos, se presentan á la vista de Malaca con una flota de más de sesenta navíos grandes, todos bien equipados y bien

armados, sin contar las barcas, los brulotes y las fragatas. Su primera expedición fué quemar todos los navíos portugueses que se hallaban en el puerto. Esta victoria hizo á los bárbaros tan fieros y tan insolentes, que, habiendo hecho cortar su general las narices y las orejas á algunos pescadores que habían hecho prisioneros, los remitió al gobernador de Malaca con una insolente carta; pero pronto supieron los cristianos vengar tal fanfarronada, haciendo una horrible matanza en los enemigos de la fe, según el Santo lo había predicho, con la sola pérdida de cuatro hombres por su parte.

Habiendo el nuevo apóstol conquistado para Jesucristo casi todas las Indias, y meditado nuevas conquistas, un japonés, llamado Ángel, arribó en una embarcación china, el cual venía á buscar la quietud de su conciencia en los consejos del Santo, cuya reputación se había extendido por todo el Oriente. Luego que Javier le vió, conoció que este japonés, no sólo sería el primero de sus paisanos que recibiría el bautismo, sino que, por su mediación, le recibirían otros muchos en su tierra. Este conocimiento hizo que se llenase de gozo al verle, y que le abrazase con mucha ternura. Sin aguardar el Santo á que el japonés le manifestara sus penas, le aseguró que hallaría el sosiego que había venido á buscar tan lejos; pero que era preciso, ante todas cosas, que abrazara la ley del verdadero Dios, para lo cual le envió al Seminario de Goa, á fin de prepararle á él y a todos los de su familia á recibir el bautismo. El Padre le siguió, y después de haber acabado de, convertir los idólatras que habían quedado en la costa de la Pesquería, en Monápar, en el cabo de Comorín y en la isla de Ceilán, que están al paso, llegó á Goa, donde encontró á su nuevo, prosélito; y, viéndose perfectamente instruido, le bautizó, le puso por nombre Pablo de Santa Fe, é hizo de él uno de los más celosos catequistas. Habiendo sabido por este neófito, el estado: del Japón, que era uno de los mayores

reinos del mundo, determinó llevar á él las luces del Evangelio, á pesar de todo lo que se le pudiese oponer para desviarle de su piadoso intento.

Habiendo recibido un nuevo refuerzo de misioneros al arribo de algunos jesuitas llegados de Europa, les prescribió las reglas que debían observar en sus misiones; y en calidad de Nuncio Apostólico y de superior general de todos los jesuitas de Oriente les asignó á todos el lugar de su misión, y nombró superiores que en su ausencia gobernarán la Compañía en las Indias. Finalmente; en Abril de 1549 se embarcó en una fusta que iba á Cochín con el P. Cosme de Torres , el hermano Juan Fernández y los tres japoneses convertidos, Pablo: de Santa Fe y sus dos criados Juan y Antonio. Estando en Malaca, supo que uno de los reyes del Japón pedía predicadores evangélicos al gobernador de las Indias: no se puede decir cuál fué el gozo del santo apóstol, y ,cuál su deseo de partir cuanto antes á esta nueva conquista. Se embarcó el 25 de Junio para el Japón, y, después de muchas tempestades que el Santo serenó y aplacó, abordó á Cangogina el 15 de Agosto del mismo año.

Era necesario un volumen entero: sólo para contar una parte de los trabajos, de los viajes, de las conversiones y de los prodigios que obró este santo apóstol en aquel vasto imperio. Comenzó á predicar en Cangoga, donde convirtió muchas personas disputa con los bonzos, que eran como los sacerdotes del país, y los confunde; cura toda especie de enfermedades con sola la señal de la cruz ; resucita muchos muertos, entre los cuales algunos habían sido ya enterrados; predica en Sasuma, en Ekandona, en Firando, en Amanguchi; se hace mozo de espuela de un caballero para ir á Macao; anuncia el Evangelio en el reino de Bogo y en otras partes, en donde convierte millares de paganos, y en menos de un, año hace florecer en el Japón la religión cristiana. Habiendo convertido Javier todos estos reinos,

insaciable todavía de conversiones, busca nuevos países donde hacer nuevas conquistas. Habiendo embarcado para volver á la India, una de las borrascas más furiosas desarboló la embarcación, la que á cada momento se veía en peligro de naufragar; la sola presencia de Javier infundía seguridad en los soldados y marineros; mas un accidente que sobrevino introdujo la consternación en el navío; pero, salvado el peligro por mediación de Javier, todos decían que éste era su piloto, y su presencia los aseguraba.

Habiendo arribado á Malaca el santo apóstol, toma la resolución de llevar á la China las luces de la fe. Aunque se ofrecían muchas oposiciones.; capaces cada una de trastornar una empresa tan santa, Javier, superior á todos los obstáculos cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, no se acobardó. Deseaba que se enviara una, embajada á la China, para abrir por medio de ella la puerta al Evangelio; pero se opuso con, tenacidad D. Alvaro, gobernador de Malaca. El Santo lo siente vivamente, y atribuye á sus pecados el que no tenga efecto la embajada; el gobernador, fué castigado terriblemente, como el Santo se lo había profetizado; pero Javier no desistió de, su empresa. Habiendo arreglado todas las cosas, así por lo que miraba á la Compañía como á las misiones; después de haber nombrado al P. Barcia por rector del Colegio de Goa y vice-provincial, y distribuido los otros Padres en las diversas misiones del Japón y de la India, se embarca con un solo hermano en una nave que iba á, la isla de Sanchón, para pasar desde ella á la China. Después de algunos días de navegación, se echó el viento repentinamente; y, habiéndose aplanado las olas, quedó inmóvil la embarcación. Como la calma duró catorce días, llegó á faltar el agua dulce, con lo que murieron algunos al principio; y todo el equipaje, que se componía de unas quinientas personas, cayó enfermo. El Santo, movido á compasión, se pone á orar, después de lo; cual

baja á la chalupa con un niño, al cual le hace que pruebe el agua del mar, y le pregunta si estaba dulce; y, respondiéndole el niño que estaba salada, le dice que la pruebe otra vez, y el niño la halla tan dulce como la de cualquiera fuente. Subiendo entonces el Padre á la embarcación, hace llenar de agua todas las vasijas y toneles del navío; pero, corriendo todos á beber, la hallaron sumamente salada : el Santo hizo la señal de la cruz sobre las vasijas, y al punto perdió el agua su gusto salobre y quedó excelente para beber. Este milagro hizo tal impresión en los árabes y sarracenos que estaban á bordo, que creyeron en Jesucristo y recibieron todos el bautismo. Lo restante del viaje fué una serie continuada de milagros y de profecías. Finalmente, habiendo arribado á la isla de Sanchón, apenas hubo desembarcado cuando libró á la isla de los tigres de que estaba inundada. El santo apóstol se disponía para ir á la China, de la que se descubrían ya los primeros puertos, cuando Dios le dio á conocer que se contentaba con su ardiente deseo, que quería recompensarle sus inmensos trabajos y que la ejecución de su designio, sobre la China la reservaba á sus hermanos.

Dios trató á Javier como en otro tiempo trató á Moisés, quien murió á la vista de la tierra donde tenía orden de conducir á los israelitas. Le entró una fiebre al P. Francisco el día 20 de Noviembre; y desde el principio de ella tuvo un conocimiento claro del día y hora de su muerte, como lo manifestó ingenuamente al piloto del navío. Habiéndose declarado el mal un dolor de costado muy agudo, y con una grande opresión de pecho, el Santo se vió muy en breve á los últimos, sin tener otro socorro que algunas frutas que le dió el capitán. Todo el tiempo de su enfermedad, fué una continua conversación con Dios; se le oía repetir sin cesar estas palabras *¡Jesús, hijo de David tened misericordia de mi!* Y estas otras: *¡Oh Santísima Trinidad!*; y, volviendo el rostro á una imagen de la Santísima Virgen, la decía continuamente: *Madre*

mía muy amada, muestra que eres mi Madre. Finalmente, el día 2 de Diciembre, que era viernes, teniendo los ojos bañados en lágrimas y fijos en un crucifijo, pronunció con la mayor ternura estas palabras : Señor, yo esperé toda mi vida en Vos; haced que no padezca la confusión de haber esperado en vano. Y, transportado al mismo tiempo de un gozo celestial, dió apaciblemente su espíritu, á cosa de las dos de la tarde, el año 1552, á los cuarenta y seis de su edad, de los que había empleado diez y medio en las Indias.

No se dió tierra á su cuerpo hasta el domingo siguiente; su entierro se hizo sin alguna ceremonia; se le quitó la sotana, la que los oficiales dividieron entre sí. El capitán hizo cubrir el cuerpo de cal viva, para que, consumiéndose antes la carne, se pudieran llevar los huesos en la embarcación que debía volver á las Indias dentro de pocos meses. El último año de la vida del Santo se vió sudar sangre con abundancia todos los viernes á un crucifijo que estaba en la capilla del castillo de Javier; y lo mismo fué morir el Santo, que dejar la sangre de correr.

Dos meses y medio después de la muerte del santo apóstol, desenterraron el cuerpo y le encontraron entero, tan fresco, tan encarnado , tan palpable y flexible como si estuviera vivo. Las vestiduras, sacerdotales de que le habían revestido, no habían recibido la menor, lesión de la cal; y el santo cuerpo exhalaba un olor tan suave y agradable que excedía al de los perfumes más exquisitos. Luego que llegó á Malaca, cesó la peste que hacía grandes estragos en la ciudad; fué recibido como en triunfo por la nobleza, el pueblo y el clero. El virrey de Goa, con toda su corte, la nobleza y los magistrados, acompañaban á la clerecía. Este santo tesoro fué depositado en la iglesia de San Pablo, del Colegio de la Compañía de Jesús, al son de campanas y al ruido de toda la artillería, donde todavía se conserva con mucho

cuidado; se obraron infinitos milagros en todos los parajes por donde pasó el santo cuerpo; y Dios continúa hoy haciendo otros muchos por la intercesión de este gran Santo, no sólo en Goa, sino en todo el mundo.

Después de un jurídico examen de las virtudes y milagros innumerables de este gran siervo d Dios, el papa Paulo V declaró Beato á Francisco Javier, presbítero de la Compañía de Jesús, el día 25 de Octubre de 1619; y el papa Gregorio XV, sucesor de Pauló V, le canonizó solemnemente el día 12 de Marzo de 1622. El Papa, en la bula de su canonización, le llama Apóstol de las Indias, y dice que su apostolado tuvo todas las señales de una vocación divina, como son el don de milagros, el de profecías, el de lenguas, con las más perfectas virtudes evangélicas. Se puede decir con verdad que no se vió jamás un agregado más pasmoso de virtudes, todas eminentes, como el que se notó en este Santo; su amor de Dios, tierno, ardiente y generoso, era sin medida; su celo por la salvación de las almas, sin limites; su pobreza y su mortificación, excesivas; su humildad tan profunda, que, jamás escribió á San Ignacio, su general, que no fuese de rodillas; y en una carta firma de este modo: *El menor de vuestros hijos y el más apartado de vos, FRANCISCO JAVIER*. Su devoción á la Santísima Virgen fué tan tierna, tan perfecta y tan llena de confianza, que jamás pedía nada á nuestro Señor sino por intercesión de su Madre. Acababa todas las instrucciones con la *Salve Regina*. Cuando pasaba las noches en oración en la iglesia, casi siempre era delante de alguna imagen de la Madre de Dios. «Tomé á la Reina del Cielo por mi Patrona, dice en una de sus cartas, para alcanzar el perdón de mis innumerables pecados »; sobre que había hecho voto de defenderla toda su vida. El cuerpo del Santo subsiste siempre en Goa; sólo un brazo entero fué llevado á Roma, y se conserva con mucha veneración en la iglesia de la casa profesa de los Jesuitas, que se llama Jesús.

La Misa es en honor de San Francisco, y la oración la siguiente:

iOh Dios que, por la predicación y milagros del bienaventurado Francisco, quisiste agregar á tu Iglesia los pueblos de las Indias! Concédenos que imitemos los ejemplos de sus virtudes, ya que honramos sus merecimientos Por Nuestro Señor etc.

La Epístola es del cap. 10 del apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Con el corazón se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesión para la salud. Pues la Escritura dice: Todo el que cree en Él no será confundido. Porque no hay distinción del judío y el griego, puesto que es el mismo el Señor de todos, rico para cuantos le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Pero ¿cómo invocarán á Aquel en quien no creyeron? Ó ¿cómo creerán en Aquel de quien no tienen noticia? Y ¿cómo la tendrán si no hay quien la predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: ¡Qué hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan felicidades! Pero no todos obedecen al Evangelio; porque Isaías dice: Señor, ¿quién creyó á lo que oyó de nosotros? Luego la fe (proviene) del oído, el oído por la palabra de Cristo; pero yo digo: Por ventura ¿no han oído? Á la verdad, por toda, la Tierra se esparció el sonido de ellos, y sus palabras hasta las extremidades de la Tierra.